

**SOBERANÍAS EN PUGNA: TRAYECTORIA ANDINA DEL GENERAL
ÁLVAREZ DE ARENALES / DISPUTED SOVEREIGNTIES: GENERAL
ÁLVAREZ DE ARENALES' ANDEAN CAREER**

Ana María Lorandi

Resumen

A partir de la trayectoria de vida de Juan Antonio Álvarez de Arenales pretendemos analizar el contexto de transición entre colonia y república desde una perspectiva transnacional y panóptica de una región que incluye los actuales territorios del Perú, Bolivia y el Noroeste Argentino. Este fue el escenario de 15 años de guerra por la emancipación, cuyas secuelas se prolongaron posteriormente entre disputas fronterizas y diversos modelos de gobierno concebidos para construir los nuevos estados-nación. Para analizar el período de transición es necesario evaluar la relación entre las diferencias socioculturales presentes en cada territorio y las opciones adoptadas para enfrentar la crisis de la monarquía hispana. La trayectoria de Arenales permitirá reflexionar sobre la relación conflictiva que se entabla entre los principios doctrinarios de los ilustrados borbónicos y los intereses de los distintos sectores sociales que participaron en la gestación de las nuevas repúblicas.

Palabras clave

Perspectiva transnacional / Guerra / Emancipación / Ilustrados borbónicos

Abstract

This article attempts to analyze the transition between colonial and republican rule from a trans-national and pan-optical perspective in a region that encompasses

present-day Peru, Bolivia, and Northwestern Argentina, following Juan Antonio Álvarez de Arenales' career. Those territories where the backdrop for 15 years of war for independence, with its sequels lasting over later border disputes and different government models developed for the construction of the new nation-states. In order to analyze this transition period, we have to assess the connections between socio-cultural differences prevalent in each territory and the adopted options for facing the Spanish crown's crisis. Arenales' career will allow us to reflect upon the conflict relationship between the Bourbon Enlightenment doctrine and the interests of the different social groups participating in the new republics' creation.

Keywords

Trans-National Perspective / War / Independence / Bourbon Enlightenment

Juan Antonio Álvarez de Arenales fue uno de los hombres de origen español que se incorporaron plenamente al mundo de los criollos y lucharon por la independencia de América del Sur. Fue un personaje singular, protagonista crucial en el largo proceso de la construcción de los nuevos estados-nación. La emancipación y el traumático período posterior exigieron valentía y talento para lograr la integración interna y la conciliación externa de las apetencias y tensiones regionales. La historiografía ha consagrado que estas condiciones prevalieron entre los patricios convertidos en héroes de la identidad nacional. Revisando la Historia se revelan las marchas y contramarchas, las dudas, las ambigüedades, los méritos y las debilidades de hombres que pretendían un “nuevo orden” cuyo exacto perfil no alcanzaban a diseñar. Por lo tanto a partir de la trayectoria de vida de uno de estos personajes pretendemos analizar el contexto de transición entre colonia y república desde una perspectiva situacional precisa y panóptica de la coyuntura.¹ La actividad del general Arenales nos vincula con sucesos que afectaron simultáneamente al Noroeste de Argentina, Bolivia y Perú, escenario de 15 años ininterrumpidos de guerra por la emancipación, cuyas secuelas se prolongaron posteriormente entre disputas fronterizas y diversos modelos de gobierno concebidos para consolidar los nuevos estados-nación. La vida de Álvarez de Arenales permite enlazar los

¹ Ver François Dosse, *La Apuesta Biográfica. Escribir una vida* (Valencia, Universitat de Valencia, 2007); Pierre Bourdieu, “La ilusión biográfica”, en Bourdieu, *Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. (Barcelona: Editorial Anagrama, 1997); Paula Bruno, “Biografía e Historia. Reflexiones y perspectivas”. *IEHS*, n° 27 (2012).

destinos de los tres países en una historia regional inserta en el campo más amplio de la estructuración republicana. Lamentablemente no existen biografías de Arenales insertas en una problemática actualizada sobre el rol de los españoles de origen, producto de la prédica borbónica. Falta un análisis de la actuación de Arenales en un ambiente de soberanías en pugna que se manifiesta en todos niveles del espectro sociopolítico, desde las competencias entre capitales, entre pueblos, entre los distintos componentes de la compleja estructuración étnica. El modesto objetivo de este ensayo es comenzar a plantear este problema.

Para ello se propone considerar dos aspectos fundamentales: cómo quebrar el dominio político de la monarquía española y cómo construir las bases republicanas de las nuevas naciones. Desprenderse de la autoridad del rey y construir identidad nacional sobre una materia prima que por momentos semejava a un lecho de lodo y por otros a un lecho de espinas exigió de sus arquitectos maestría, imaginación y talento. Nos estamos refiriendo a un extenso territorio que hasta 1776 integró un mismo virreinato gobernado por normativas similares, pero que presenta un tablero de diferencias que obligó a aguzar la imaginación para conciliar lo local con lo continental por un lado, y por otro las ideologías y principios sobre el orden político con una población pluriétnica y con infinitas variables tanto en estructura como en apetencias. También es necesario evaluar los distintos derroteros adoptados para enfrentar la crisis de la monarquía hispana ligados al ejercicio del poder en cada una de las regiones. En el Perú, la fuerte personalidad del virrey José Fernando de Abascal y sede de una elite poderosa y rica, las reformas gaditanas hicieron sentir su influencia con la emergencia de una incipiente ciudadanía en distintos niveles sociales; en el Alto Perú (en esa época parte del virreinato del Río de la Plata) la guerra, casi endémica en esos años, obstaculizó su impacto; el Río de la Plata no envió diputados a las cortes de Cádiz y el cabildo de Buenos Aires asumió la dirección de la insurgencia. Por lo tanto para analizar el período de transición son tan importantes las opciones de reacción disponibles en cada territorio, como las diferencias estructurales a las que hicimos mención.

Muchos de los arquitectos de la emancipación participaban de las ideas en boga en el viejo continente en las diversas versiones de la ilustración. Pero no todos pudieron apreciar los obstáculos a vencer al aplicarlas en los territorios indianos. Los pueblos indígenas, aunque pudieran entender (y lo entendían más de lo que muchos sospecharon) las pretensiones de esos líderes, no necesariamente las aceptaron

sin resistencias. Los criollos construyeron sus propios espacios de poder durante la colonia y se resistían a abandonarlos. Aquí radica un punto clave en cualquier análisis de la transición entre el orden monárquico y el orden republicano: construir nuevos Estados con tan diversos materiales exigió casi un siglo para lograr que se mantuvieran en pie. Por ello se debe considerar la sensibilidad político-social de cada uno de los arquitectos, y de múltiples “maestros de obra”, para apreciar las diferencias y fracturas internas de la población. Es fundamental distinguir en estos hombres—insertos en determinados principios doctrinarios—la capacidad de evaluar y adaptarse a situaciones y coyunturas tan fluidas y dinámicas.

El funcionario ilustrado

Juan Antonio Álvarez de Arenales fue uno de los hombres que comprendió, hasta cierto punto, la plasticidad de la arcilla con la que debió trabajar y esto se pondrá en evidencia durante la guerra de la independencia, pero se enturbiará en el momento de la construcción de las nuevas naciones. Arenales nació el 13 de junio de 1770 en Villa de Reinoso, provincia de Castilla la Vieja. Su padre, Francisco Álvarez de Arenales, perteneciente a una familia hidalga del distrito, falleció prematuramente cuando Juan Antonio tenía 9 años y su educación fue confiada a su pariente Remigio Navamuel, dignatario de la iglesia de Galicia. Ingresó en la academia militar donde recibió formación en matemáticas, filosofía y gramática latina. A los 13 años era dado de alta como cadete en el Regimiento de Burgos. Según su biógrafo, José Evaristo Uriburu (1924),² “por su voluntad” pasó en 1784 al Regimiento “Fijo” de Buenos Aires, donde se perfeccionó en las ciencias exactas y tuvo su primera experiencia militar en la Banda Oriental luchando contra las pretensiones portuguesas por el Río de La Plata. En 1794, a los 24 años, fue promovido a teniente coronel y transferido con igual grado del Partido de Arque (provincia de Cochabamba), nombrándolo el 26 de enero de 1795 subdelegado del mismo partido. Este fue el primer contacto de Arenales con lo que hoy diríamos la Bolivia profunda. Probablemente aquí comenzó a entrenar su sensibilidad para apreciar la complejidad de la sociedad a la que se integraba.

² José Evaristo Uriburu era nieto del General Arenales. Existen algunas biografías resultado de síntesis de la de Uriburu con algunos datos adicionales. Otras que se refieren específicamente a episodios de la guerra de la independencia: ver De Angelis [1832] 1920 a raíz de las publicaciones de José Ildefonso de Arenales; Segundo Roca [1866] 1989 describe la primera campaña a la sierra del Perú; José Ildefonso de Arenales [1830] 1920 defiende a su padre de ciertas aseveraciones de Miller y describe la segunda campaña a la sierra. Todas las notas biográficas son apologéticas.

Arenales, al que podemos identificar como un militar ilustrado, no era una excepción entre las oleadas de inmigrantes españoles que llegaron a América desde mediados del siglo XVIII. Entre las múltiples aristas de la ilustración, la formación de los militares en las academias españolas se concentraba en ciencias exactas, esencial en la modernidad europea. La formación científica alimentaba el progreso que pretendían las “luces” y con ello España se aseguraba—o pretendía asegurarse— los frutos que las reformas borbónicas acababan de inaugurar desparramando en sus territorios a estos militares y a una pléyade de funcionarios que debían renovar las estructuras de un estado que progresivamente se hacía más absolutista y ordenado. Sin embargo, no era lo mismo aplicar estos principios en la Península que en las Indias. “La pátina ilustrada que en principio los identificaba no pudo resistir ni a la naturaleza de los hombres ni al hondo y profundo hueco de injusticias y corrupción por el que se desembarrancaba el mundo colonial”.³ Las luces nutrieron la autoestima de los europeos ahondando el abismo que los separaba de las poblaciones que no participaban de los dictados de la nueva modernidad. Fue así que, muy sintéticamente, los ilustrados optaron sucesiva o alternativamente varios caminos para controlar a las poblaciones nativas y a los criollos hispanoamericanos: aumentar la coacción y reprimirlos por la fuerza si fuera necesario expresando sin ambages la discriminación; condenar los abusos coloniales al momento de arribar para sumergirse en ellos un tiempo después; intentar comprender el sistema y modificar las condiciones de opresión pero siempre desde una perspectiva eurocéntrica. Este punto no debe olvidarse, porque es el caso que estudiamos.

A medida que se aproximaba el fin de siglo se fueron produciendo algunos cambios en el orden colonial y las grandes rebeliones indígenas precedentes alertaron a las autoridades tratando de evitar los excesos de funcionarios recortando las jurisdicciones locales, criollas en general. La actividad de Arenales en esos años en el Alto Perú fue un rico ejercicio para comprender desde adentro la naturaleza del sistema colonial, desde la perspectiva de comunidades menores, provinciales, por cierto muy diferente si ese aprendizaje se hubiese hecho desde las ciudades capitales como Buenos Aires o Lima. Durante quince años ejerció funciones en el distrito de Arque en Cochabamba, en el partido de Cinti en Pilaya y Paspaya y finalmente

³ Juan Marchena, “Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su ‘generación ilustrada’ en la tempestad de los Andes. 1781-1788”, en *Anuario de Estudios Bolivianos*, (Sucre: Archivo y Biblioteca Nacional de Bolivia, 2006, 12).

en Yamparáez en la Intendencia de Charcas.⁴ En sus tres destinos desarrolló una amplia actividad canalizando ríos, construyendo puentes y edificios proyectados por él mismo. Se enfrentó con el intendente Francisco de Viedma por abusos de funcionarios pero logró el apoyo del fiscal de la Audiencia de Charcas, Victoriano de Villava⁵. Según parece concitó también el beneplácito de la población local nativa y criolla. En este período encontramos una de las claves de la personalidad de Arenales: la articulación entre su experiencia y su formación intelectual.

Durante su estadía en Yamparáez se produjo el alzamiento de La Plata (Charcas) el 25 de mayo de 1809 a raíz de la invasión napoleónica en España. Arenales acude a la ciudad en apoyo de los criollos con un número de vecinos de su jurisdicción que se suman a la revuelta general para evitar la prisión de los líderes del levantamiento. Es así que Arenales es designado comandante general y gobernador de armas organizando las milicias urbanas para resistir el ataque de las fuerzas enviadas desde Potosí por Francisco de Paula Sanz y las del nuevo intendente de Charcas, Vicente Nieto, que estaban en las proximidades. La conmoción revolucionaria se había extendido también a La Paz, agravando los signos de una insurrección contra la autoridad del rey. La ciudad de la Plata se rindió ante las fuerzas de Nieto y Arenales solicitó su relevo al virrey de Buenos Aires para dirigirse a Salta pero Nieto emitió orden de arrestarlo. Estuvo detenido en la ciudad durante seis meses y luego remitido a la cárcel del Callao en Lima hasta el 25 de diciembre de 1810, cuando el virrey Abascal permitió su liberación.

Arenales en Salta 1811- 1813

Mientras tanto en Buenos Aires se había producido la revolución del 25 de mayo de 1810 y la Primera Junta envió una expedición auxiliadora al Alto Perú al mando de González Balcarce y Juan José Castelli. Embarcado Arenales para regresar a su residencia en Salta, en medio del viaje abandonó la nave a nado en las costas de Mollendo en donde fue rescatado por un barco mercante y así pudo llegar a destino, coincidiendo con el regreso de las tropas del ejército libertador derrotadas en la batalla de Guaquí, en agosto de 1811. En los dos años transcurridos desde la

⁴ Juan Antonio había contraído matrimonio en 1795 con Serafina González de Hoyos y Torres, miembro de la elite salteña, de quien tuvo cinco hijos y uno de ellos José Ildefonso, también militar.

⁵ Los escritos de Villava influyeron en los líderes de mayo, como Mariano Moreno

insurrección charqueña hasta el momento de retornar a su hogar, la vida de Arenales cambió de rumbo y de ser un funcionario honesto y creativo a las órdenes del rey de España paso a servir los intereses de su patria de adopción. Además de atender su estancia en Pampa Grande, Arenales fue electo regidor y alcalde de primer voto del Cabildo de la ciudad de Salta, todavía controlado por españoles de origen y renuente a las propuestas de Buenos Aires.⁶ Arenales estaba fuera de la ciudad cuando le llegó el aviso del general Belgrano de evacuar Salta y Jujuy. Sus milicias se unieron a las tropas de Belgrano que el 20 de febrero de 1813 lograron abatir a los realistas. Así Arenales pudo acogerse a las disposiciones de la Asamblea Constituyente (1813) que otorgaba ciudadanía a los españoles de origen que se hubieran incorporado al servicio de la patria y el 6 de julio de año se lo declaraba ciudadano de las Provincias Unidas. Tenía en ese entonces 43 años.

Estos primeros relatos sobre la vida de Arenales nos aproximan a su capacidad de apreciar el significado de la coyuntura: participa en sucesos que devendrán en acontecimientos históricos sin precedentes. Los combates en los que había intervenido en la Banda Oriental como soldado del rey lo entrenaron como militar, los sucesos de los últimos años provocaron un cambio sustancial: de vasallo español pasó a ser ciudadano de una república en gestación. Comprendió la trascendencia del acontecimiento antes de que se transformara en un hecho histórico. De allí la importancia de “revisitar” el acontecimiento desde la perspectiva del actor porque “*l'événement restructure le temps selon de nouvelles modalités*”⁷ e invita a valorizar la subjetividad personal en la toma de decisiones que, como en el caso de nuestro personaje, resultó ser un agente activo en una insurrección que terminó en la emancipación de tres repúblicas. Si revisamos la participación de Arenales como militar y como funcionario podremos acceder a la relación entre la acción y las representaciones que fue construyendo de y hacia la sociedad en la que resolvió intervenir. Estos actores “tuvieron la sensación de deber—y por lo tanto de poder—escoger entre diversas soluciones. La gama de los posibles no es arbitraria:

⁶ Ver Sara Mata de López, “Movilización rural y guerra de la Independencia. Salta 1810-1821”, en Sara Mata y Zulma Palermo, comps., *Travesía discursiva: representaciones identitarias en Salta; siglos XVIII-XXI* (Rosario: Prohistoria ediciones, 2011); Marcelo Daniel Marchionni. “Entre la guerra y la política. Las élites y los cabildos salto-jujeños en tiempos de Güemes”, en Beatriz. Bragoni y Sara. Mata, *Entre la colonia y la república. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur* (Buenos Aires, Editorial Prometeo Libros, 2008); Tulio Halperín Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1994).

⁷ Los sucesos reestructuran los tiempos de acuerdo con las nuevas modalidades. Dosse, *Renaissance de l'événement. Un déficit pour l'historien: entre sphinx et phénix* (París: Presses Universitaires de France, 2010).

está socialmente construida en el sentido de que depende de una representación del espacio social [...] y que pone de manifiesto los recursos y las coerciones que los individuos y los grupos estiman disponer o padecer”.⁸ Sin embargo no es fácil para el historiador tratar de reconstruir el abanico de opciones disponibles y Revel se pregunta “¿es posible ir más allá de las declaraciones de principios?”. Parfraseando a George Duby⁹ el acontecimiento agita las aguas profundas y hablando de ello se llega también a las cosas corrientes de la vida, a aquello de lo que no se dice nada o muy poco. Giovanni Levi¹⁰ destaca a su vez el rol activo del contexto en el transcurso de esos acontecimientos. También es difícil resolver la distancia entre lo que sabemos de una vida y la “canonización” en cierto régimen de historicidad.¹¹ La biografía a veces se confunde con la “fábrica de héroes” y “es una referencia axiológica a ciertos sistemas de valores”.¹² Este puede ser el caso de José Evaristo Uriburu descendiente del “héroe” en cuestión y adscripto a un régimen de historicidad de finales del siglo XIX que se proponía construir una identidad nacional. En estas condiciones la biografía cumple un rol pedagógico, incitando a la imitación y a la homogenización de la conciencia nacional. Por ello no podemos ignorar las trayectorias de los individuos, en particular de aquellos sumergidos en esta convulsionada transición justamente porque la idea de cuál debía ser “el orden” apropiado para los nuevos Estados terminó por producir un desfasaje entre la propuesta, o modelo ideal y lo posible. Una trayectoria de vida, la sucesión de experiencias, puede provocar cambios de perspectiva, disturbios o disyunciones que afectan la coherencia posteriormente construida por el historiador pero también permite observar la distancia entre ideología que sustenta un individuo y el plano de la realidad sobre la que debe actuar. El itinerario de la vida de Arenales permite observar los indicios de estas disyunciones.

⁸ Jacques Revel, “La biografía como problema historiográfico”, en J. Revel, *Un momento historiográfico* (Buenos Aires, Editorial Manantial, 2005).

⁹ George Duby, *El Caballero, La Mujer y El Cura* (Buenos Aires: Taurus, 2013 [1981]).

¹⁰ Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, *Annales, ESC.* 44: 6 (1989).

¹¹ François Hartog, *Régimen d’Historicité. Présentisme et Expérience du Temps* (Paris: Seuil, 2003)

¹² Ver Dosse, *La apuesta biográfica*, 151. Incluso con la hagiografía, como “El Santo de la Espada”, modo en que Ricardo Rojas consagró a San Martín

Arenales en el Alto Perú 1813 – 1815

A partir de 1810 el subcontinente sudamericano estuvo sumido en un *estado de guerra*, que se prolongó por décadas y condicionó todos los aspectos de la vida social.¹³ Como militar de carrera formado en Europa, Arenales debió adaptarse a una lógica guerrera en un juego alternativo entre un ejército formal y la flexibilidad necesaria para coordinar esfuerzos con una población con prácticas bélicas muy diferentes, cuyos tiempos e intereses no siempre coincidían con los principios doctrinarios de la revolución. La historia de esta guerra muestra las contradicciones afrontadas por un ejército convencional—jerarquización interna, disciplina militar, provisión de recursos y armamento adecuado—para actuar coordinadamente con guerrillas y montoneras formadas por grupos indígenas y mestizos con otras lógicas de combate y otras lealtades.

Después de la batalla de Salta, el ejército de Belgrano se dirigió hacia Potosí y Arenales fue nombrado gobernador de Cochabamba, apreciando su experiencia previa en la región (septiembre de 1813). Cochabamba había sido de las primeras regiones del Alto Perú que adhirieron a la causa patricia colaborando ampliamente durante la campaña anterior pero luego sufrió la dura represión de Juan Manuel Goyeneche.¹⁴ La segunda expedición libertadora hizo resurgir la insurrección y Arenales pudo encontrar condiciones propicias para iniciar su gestión. Belgrano y los caudillos locales que surgieron en ese momento se prepararon para enfrentar a las tropas realistas comandadas por el general Joaquín de la Pezuela que les infligió sendas derrotas en las batallas de Vilcapugio y Ayohúma (1 de octubre y 13 de noviembre de 1813). El ejército rioplatense debió abandonar el Alto Perú y se instaló en Tucumán (enero de 1814).

Con la aprobación de Belgrano, Arenales se había atrincherado en Cochabamba. Desde allí alentaba y colaboraba con los esfuerzos de los caudillos locales. Librados a sus propias fuerzas, los altoperuanos iniciaron lo que Mitre ha identificado como la guerra de “las republiquetas”¹⁵ y Demélas “nacimiento de la

¹³ Alejandro Martín Rabinovich, *La Société Guerrière. Pratiques, discours et valeurs dans le Rio de La Plata* (Rennes: Press Universitaire de Rennes, 2013).

¹⁴ Juan Ramón, Muñoz Cabrera, *La guerra de los 15 años en el Alto Perú o sea los Fastos Políticos de Bolivia. Para servir a la Historia general de la Independencia de Sud-América*, (Santiago de Chile: Imprenta del Independiente, 1909 [1867]).

¹⁵ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina* (Buenos Aires: Félix Lajouane Editor, 1887).

guerrilla”.¹⁶ Se abrieron numerosos frentes con suertes muy variables: Arenales desde Cochabamba y Valle Grande; Ignacio Warnes en Santa Cruz; José Ignacio Zárate en Porco y Chayanta; en Chuquisaca Manuel Ascencio Padilla y su esposa, Juana Azurduy, que desde 1811 había establecido un corredor de comunicación con Jujuy eludiendo los centros urbanos; en Cinti Vicente Camargo; José Miguel Lanza, y luego Eusebio Lira en Ayopaya donde los indígenas tuvieron la mayor participación;¹⁷ el cura Idelfonso de las Muñecas en Larecaja; Eustaquio Méndez, Francisco Pérez de Uriondo, José María Avilés y Juan José Fernández Campero en Tarija; Martín Miguel de Güemes en Salta y Jujuy.

Arenales, aislado en Cochabamba, quedaba a merced de las fuerzas realistas, por lo que decidió retirarse a Valle Grande al mando de una tropa muy reducida. La zona elegida era estratégica, más cercana a Santa Cruz de la Sierra donde Warnes también resistía y a Ayopaya donde se organizaban grupos de campesinos e indígenas. Si bien las relaciones de Warnes y Arenales no fueron óptimas—se produjeron más desacuerdos que colaboración¹⁸—lo importante es el medio en el que inscribe la resistencia en ese momento y en esas condiciones. Gunnar Mendoza¹⁹ evalúa los efectos de la guerrilla por sus complejas implicaciones, pues “produce cambios indefectibles en las relaciones humanas por las contradicciones y reacciones que suscita, de suerte que la sociedad correspondiente ya no es la misma antes y después de la guerrilla”. El escenario de la guerrilla, que se prolongó por más de 12 años, fue testigo de cambios y conflictos de muy variada naturaleza, tanto en esta zona como en los Andes centrales como veremos más adelante.²⁰ Los actores vivieron y/o murieron en un espacio físico y social atravesado de múltiples dificultades. Se puede observar el cambio de estatus—de indio a campesino y a la inversa (como en el caso del tambor José Santos Vargas)—, el cambio de un bando al otro, una acomodación fluctuante a los avatares de la guerra según el avance o retroceso de los ejércitos, o una fidelidad sin fisuras por “la causa de la patria”;²¹ todas estas variaciones eran

¹⁶ Marie-Danielle Demélas, *Nacimiento de la guerra de guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)* (La Paz, Editorial Plural-IFEPA, 2007).

¹⁷ José Santos Vargas, *Diario de un comandante de la independencia americana 1814-1825*. (México D.F.: Siglo XXI Editores, 1982 [1814-1825]); Demélas, *ibíd.*; Mitre *op.cit.*

¹⁸ Uriburu dedica muchas páginas a relatar los desacuerdos entre ambos jefes. Ver también José María Paz 1982.

¹⁹ Gunnar Mendoza, “Prólogo”, en Vargas, *Diario de un comandante*, 3. El autor desarrolla el estudio, prólogo y edición del manuscrito del tambor José Santos Vargas 1814-1825.

²⁰ Gustavo Montoya, “Notas sobre la plebe rural y el conflicto social durante la independencia en los Andes Centrales”. *Historia y Cultura* 27 (2014), 179-193.

²¹ Por falta de espacio no podemos desarrollar las múltiples significaciones del concepto de patria en el contexto colonial y poscolonial.

posibles, ya sea alternativas o simultáneas.²² Además, los altoperuanos estaban tironeados entre las pretensiones de Lima y de Buenos Aires y los ejércitos que “invadieron” el territorio de la Bolivia actual, para apoyar o diezmar la rebelión, eran representantes de dos centros rivales de poder desde la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776.²³ Pero no es todo, la población indígena debía defender sus propios derechos e intereses y desde el comienzo de las insurrecciones los ayllus indígenas y las pequeñas comunidades urbanas se mantuvieron al tanto de los acontecimientos y entablaron extensas redes de comunicación.²⁴ Los ayllus del altiplano y de los valles mesotérmicos mostraban una integración al sistema colonial que fue un obstáculo para aceptar las propuestas ilustradas-liberales tendientes a desarticular la organización comunal.²⁵ Las poblaciones tribales de las yungas y tierras bajas, menos integradas al sistema colonial se sumaron a la guerrilla en forma aleatoria y discontinua. En todos los casos las rivalidades entre grupos y/o entre líderes (criollos, mestizos o indígenas) fueron habituales.

Esta fragmentación en definitiva los favoreció pues obligó al ejército realista a responder simultáneamente en varios frentes, dispersando esfuerzos humanos y recursos. El informe de Joaquín de la Pezuela sobre los sucesos de este período de guerra es muy revelador al respecto. Cuando este general reemplazó a Manuel de Goyeneche encuentra diezclado el ejército real y observa un cambio notable en la actitud de la población. La desertión en las filas reales abarcaba desde los soldados a los oficiales, las comunidades les negaban información y recursos y era hostigado por múltiples focos guerrilleros. “Las armas del reino [no] eran dueñas de más terreno que el pisaban”.²⁶ Aunque los frentes de combate se multiplicaban, Pezuela logró reorganizar el ejército y, una vez abatido Belgrano, avanzó nuevamente hacia el sur hasta ocupar Salta. De todas maneras su situación era de difícil equilibrio pues la reacción de la población lo debilitaba en todos sus flancos y los cabildos de las ciudades “entonces constitucionales” eran reticentes al reclutamiento de

²² Vargas, *Diario de un comandante*.

²³ José Luis Roca, *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas* (La Paz: IFEA-Plural, 2007).

²⁴ Luis Miguel Glave Testino, “Una perspectiva histórico cultural de la revolución del Cuzco en 1814. Un saludo a su bicentenario”, *Revista de las Américas* 1 (2003), 11-38.

²⁵ María Luisa Soux, *El Complejo proceso hacia la independencia de Charcas (1808-1826). Guerra, ciudadanía conflictos locales y participación indígena en Oruro* (La Paz: Asdi-IFEA-Plural-IEB, 2010)

²⁶ Joaquín de la Pezuela, *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)* (Santiago de Chile: Centro de Estudios del Bicentenario, 2011).

milicianos.²⁷ En 1814 las fuerzas del Río de la Plata inician una tercera expedición libertadora al mando del general José Rondeau y con el propósito de asegurar el territorio recuperado, Pezuela envió contingentes a combatir a cada uno de los caudillos alzados. Por ejemplo la división del comandante José Joaquín Blanco, que muere en combate, fue destinada a abatir a Warnes en Santa Cruz y a Arenales en Valle Grande. En ese momento ninguno de los dos bandos prevalecía sobre el otro y ninguno cejaba en el fuero por cumplir sus objetivos. Lo que sí parece claro a partir del texto del General realista es que no se trató de una guerra civil ni tampoco en pos de una mayor autonomía. Se trataba de una revolución por la independencia, y ambos contendientes lo expresarán ya sin eufemismos.²⁸ Pezuela admite no tener fuerzas para combatir la osadía de los declarados adictos al sistema revolucionario.

Arenales entre tanto se encontraba en Valle Grande tratando de organizar su contingente y pidió refuerzos a Warnes quien por orden de Belgrano había quedado bajo sus órdenes, pero el apoyo fue reticente. Tampoco fue fácil para Arenales que los milicianos locales se adaptaran a la disciplina militar. Según la suerte de un combate podían comportarse con heroísmo o huir a los montes. El armamento tampoco era óptimo, muchos peleaban con flechas, hondas o macanas pues no todos tenían armas de fuego o no había para todos y además la poca oficialidad disponible carecía de entrenamiento militar. El ejército realista contaba con personal jerárquico más idóneo, pero el grueso de la tropa también era reclutada entre la población local y la oficialidad debía vigilarlos constantemente para evitar la desertión. Ambos contendientes hicieron uso de la táctica de desgaste y sorpresas y ambos se sirvieron del conocimiento del terreno aportado por la población nativa. Arenales trataba de coordinar los esfuerzos de los caudillos locales pero no le resultaba fácil impedir la acción más o menos espontánea de las guerrillas. Tampoco pudo acordar con Warnes una estrategia conjunta, aunque finalmente ambos confluyeron para enfrentar la división del general Blanco que murió en la contienda. El 25 de mayo de 1814 se produjo el célebre combate de La Florida, en un punto intermedio entre Valle Grande y Santa Cruz en la que los independentistas abatieron al ejército del rey. Las tropas enemigas se dispersaron y Warnes y Arenales se dirigieron a defender Santa Cruz. Accidentalmente Arenales, con una pequeña partida, se alejó del regimiento y fue

²⁷ Las palabras encomilladas son orinales del texto de Pezuela (2011), 34-35.

²⁸ Ana María Lorandi, "Guerra e independencia en los países andinos. La 'traumática transición'". *Andes* 26: 1 (2016)

asaltado por soldados enemigos. Se batieron en lucha cuerpo a cuerpo y malamente herido Arenales fue abandonado creyéndolo muerto. Por fortuna fue rápidamente auxiliado y trasladado a resguardo por soldados que escucharon el tiroteo.²⁹ El gobierno de las Provincias Unidas lo premió con un escudo con la inscripción *La Patria a los vencedores de La Florida*.³⁰

El avance de la tercera expedición libertadora al mando del general José Rondeau y la presión de la insurgencia en Salta y Jujuy comandada por Martín de Güemes obligó a Pezuela a replegarse hacia el altiplano. Los caudillos locales lo asediaban en todos los flancos, las grandes ciudades debieron ser abandonadas y Pezuela describe una situación caótica y extrema pues los refuerzos que esperaba tardaron en llegar. Pero en ese lapso Pezuela consiguió reorganizar sus tropas y entrenarlas a pesar de las dificultades de abastecimiento y la inclemencia de la estación. Arenales por su parte no cejó en sus esfuerzos para estorbar a los enemigos y con la colaboración de Padilla ocupó a La Plata (Chuquisaca) en dos oportunidades y luego reconquistó Cochabamba (abril y mayo de 1815 respectivamente).

Rondeau al mando de la tercera campaña al Alto Perú logró penetrar hasta el corazón del altiplano con más de 6000 efectivos pero el 29 de octubre de 1816 fue derrotado en la batalla de Viluma (Venta y Media o Sipe-Sipe) pese a su superioridad numérica. Como muchos autores han afirmado esta derrota se debió en parte a la incapacidad de Rondeau para controlar las fracturas e intrigas intestinas de la oficialidad y la indisciplina de los soldados. Con el objeto de recaudar fondos se expoliaron los recursos de los vecinos de Potosí y Chuquisaca y según lo denuncia Paz en sus *Memorias* predominó la codicia, el derroche y un desorden tal que afectaron el prestigio de la armada patriota y las opciones de gobernabilidad en una coyuntura tan crítica.³¹ La residencia en la ciudad alteró profundamente la disciplina militar que mostraba serias fisuras desde hacía tiempo y las fuerzas patriotas se dispersaron después del triunfo realista y ni el mismo Arenales, que había conservado

²⁹ Según el relato de Frías (1907: III: 81) “Arenales, solo ya, sigue peleando sin pensar en rendirse. Un feroz hachazo le tiene el cráneo abierto en uno de sus parietales. Su cara está tinta en sangre. Otro tajo horrible le abre desde arriba de la ceja hasta casi el extremo de la nariz, dividiéndola en dos; otro le parte la mejilla derecha, por bajo el pómulo, desde el arranque de la sien hasta cerca de la boca. En fin: trece heridas tiene despedazada su cara, su cabeza y su cuerpo—por lo que sus adversarios le llamarían con el apodo de “El Hachado”—y todas están manando sangre; pero él defiende la vida haciéndola pagar caro”. Según un comentario no fundado de este autor un muchacho que trató de ayudarlo protegiéndolo con su cuerpo, y que murió en el ataque, era hijo bastardo de Arenales.

³⁰ En su homenaje se designó una calle de Buenos Aires con el nombre de Florida.

³¹ José María Paz, *Memorias póstumas del General José María Paz* (Buenos Aires, Edición especial de la “Biblioteca del Oficial” anotada por el Teniente Coronel Juan Beverina, 1924. [1855]), 240-255.

su autoridad en su regimiento de cochabambinos, pudo impedir el desbande general. La fractura del cuerpo de oficiales a favor o contra Rondeau se agravó durante la retirada y al llegar a Jujuy se enfrentó con Martín de Güemes (diciembre 1815–enero 1816). Arenales, que no había participado en la batalla de Viluma, también se retiró a Salta eludiendo mezclarse en estos conflictos.³² Una vez acallada la tensión interna, Arenales fue designado gobernador interino de Salta y Presidente de la Comisión Militar del Ejército y debió marchar hacia Córdoba para intervenir en la guerra entre caudillos provinciales del Litoral. Disconforme con la situación de fracturación interna en el Río de La Plata, optó por dirigirse a Mendoza y a Chile para unirse al **ejército de San Martín**. Para cerrar este párrafo una cita ilustrará la condiciones de la guerra en estos años: “Los tambores redoblan, los carros se ponen en movimiento, las espuelas se hunden en las panzas de los caballos: la fuerza de guerra se pone en movimiento. Es el regimiento que deja la caserna, la compañía de milicia que sale del pueblo, la montonera que abandona el punto de reunión y la partida indígena que deja atrás suyo la *toldería*. ¡Cuántos esfuerzos para reunir estas fuerzas!”³³

El militar ilustrado y el “orden” republicano

José Evaristo Uriburu, biógrafo de Arenales, fue también un militar y ofrece un perfil del personaje acorde con los principios de autoridad, austeridad, orden, honor y gloria propios de la concepción militar. En su texto, y para la imagen posterior tomada por la historiografía, la austeridad de Arenales unida a su habilidad táctica le permitió ganar el respeto de los subordinados, de sus jefes del ejército y apreciadas sus condiciones para gobernar y “disciplinar” la comunidad civil. Arenales, un liberal heredero de la ilustración, adhería a un ideario republicano que reprodujera de alguna manera el estado centralizado que las reformas borbónicas no habían podido construir. Cabe preguntarse los múltiples significados de ese “orden” en la coyuntura de transición entre monarquía y república. Uno de ellos consistía en atemperar el exceso de autonomía local reorganizando las jurisdicciones bajo mandos unificados que superaran los intereses locales en pos del bien del estado. Otro, impedir que las rivalidades entre los miembros del ejército afectara la eficiencia de las operaciones. La conducta de Arenales

³² Sara Emilia Mata, *Los gauchos de Güemes. Guerras de Independencia y conflicto social* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2008).

³³ Rabinovich, *La Société Guerrière*, 223. Traducción de Lorandi.

al apartarse del ejército del norte y a reunirse con San Martín parece acordar con el perfil diseñado por su biógrafo. Aun así, y más allá del personaje en cuestión, es interesante indagar de qué manera estos ilustrados peninsulares o criollos podían percibir los factores presentes en la arena donde se jugaba el poder y los intereses individuales y/o grupales intervinientes en esas contiendas. El ilustrado Arenales, como hemos dicho, pudo apreciar y respetar las diferencias internas de la sociedad pluricultural ¿pero podía justificar con la misma amplitud tanto las rivalidades personales cuanto entre colectividades? ¿Podía entender que las apetencias locales pretendían evitar el peligro de engendrar un Leviatán unitario?³⁴ ¿Cuánto influía en su perspectiva el hecho de ser un militar ilustrado, un liberal borbónico?

Las reflexiones previas conducen al problema de la ausencia del rey y la reversión de la soberanía al pueblo.³⁵ Nuevamente recurrir a preguntas puede ayudar: ¿la sensibilidad política manifestada por Arenales armonizaba o colisionaba con su austeridad y su inflexible concepto de autoridad, o sólo producía interferencias que a duras penas trató de superar? ¿Cómo era el Estado republicano que imaginaba un militar ilustrado? ¿Pudo conciliar las diferencias culturales de los nativos más allá del paternalismo? ¿Cómo controlar el localismo criollo? El concepto ilustrado del Estado era binario: la sociedad integrada bajo una cabeza, ya no la del rey, sino de un gobierno representativo pero con autoridad legítima y reconocida.³⁶ El militarismo que surge como secuela de la guerra de la independencia procura controlar con mano dura las tensiones intestinas de una sociedad profundamente heterogénea. Los militares decidieron tomar las riendas de la construcción de los nuevos estados pero navegaron en las procelosas aguas de las fracturas territoriales, del caudillismo político, entidades políticas a veces efímeras, provincias, repúblicas, confederaciones.³⁷ Si Arenales, no lo sabemos, tenía dudas sobre el rumbo que tomaba la nueva república cuando abandona el altiplano y va en busca de San Martín, su experiencia posterior en el Perú lo

³⁴ Clément Thibaud, “De l’Empire aux États: le fédéralisme en Nouvelle-Grenade (1790_1853)”, en Federica Morelli, Clément Thibaud y Geneviève Verdo, *Les Empires Atlantiques* (Paris: Presses Universitaires de France, 2009), 107.

³⁵ Thibaud, *ibid*; José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, provincias y estados: los orígenes de la nación Argentina (1800-1846)* (Buenos Aires: Editorial Ariel, 1997); Noemí Goldman, *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de La Plata, 1780-1850* (Buenos Aires, Ed. Prometeo, 2008).

³⁶ François-Xavier Guerra, *Modernidad e Independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. (México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1993).

³⁷ Rabinovich, *La Société Guerrière*, 11; Cristóbal Aljovín de Losada, “Elecciones y oficiales del ejército: Perú 1827-1896”. *Journal of Iberian and Latin American Research*, 20:1 (2014).

convencerá de las enormes variaciones del mosaico socio-cultural presente en el territorio y de las dificultades para instrumentar una gobernabilidad acorde con el Estado territorialmente integrado al que aspiraba.

Arenales en el Perú

En el transcurso de los diez años entre la revolución de mayo en Buenos Aires y el desembarco de San Martín en Pisco, la actual república peruana no había logrado declarar su independencia. A pesar de levantamientos parciales (Tacna, Huánuco, entre otros) y de la gran rebelión del Cuzco en 1814³⁸ que puso en gran riesgo la soberanía de España, los mayores esfuerzos militares de los virreyes José Fernando de Abascal y luego de Joaquín de la Pezuela se concentraron en el Alto Perú y en tratar de invadir el Río de la Plata. El retorno de Fernando VII al trono consolidó el absolutismo y provocó el retroceso del liberalismo peninsular que había logrado sancionar la Constitución gaditana en 1812. En estas circunstancias confusas el liberalismo político, el liberalismo económico, el absolutismo monárquico, y la independencia se entrecruzaban creando una enorme confusión sobre el rumbo a seguir tanto en la población como en el ejército.³⁹ Pezuela intentó manipular el liberalismo constitucional para entablar un tratado de paz con San Martín quien consideró que las Cortes de Cádiz no ofrecían garantías de representatividad adecuada para los americanos y no cambiaría el estatus subordinado del Continente. San Martín se proponía incitar a los peruanos a participar activamente en la defensa de su independencia por medio de la prensa y de los manifiestos. Confiaba más en el efecto de la propaganda que en la guerra. Por ello concibió una estrategia destinada a agotar a las fuerzas realistas, más que a combatir las, convencido que si los peruanos le negaban apoyo y recursos tanto el virrey como el ejército aceptarían reconocer la emancipación. Había que ocupar la costa y concitar la voluntad de la totalidad de la población y si fuera necesario abatir las fuerzas reales allí donde opusieran resistencia.

La situación del Perú en todo caso no era similar a la del Alto Perú. Tanto la población urbana como la campesina habían comenzado a participar las propuestas

³⁸ Glave, “Una perspectiva histórico cultural”.

³⁹ Cristina Mazzeo, *Las vicisitudes de la guerra de la independencia del Perú 1817-1824*. Cuadernos de Investigación (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2000).

gaditanas. El proceso electoral abierto desde los tiempos de Abascal se constituyó en el cambio más significativo en Hispanoamérica.⁴⁰ Las elecciones, al principio sólo a nivel comunal, inauguraron un sistema representativo, aunque indirecto, ampliando la participación ciudadana de criollos y de indígenas. En una región todavía no afectada por una guerra generalizada, los sectores intermedios fueron adquiriendo mayor protagonismo. Una de las vías para el ascenso social fue la creciente militarización. La organización de guerrillas permitió la emergencia de líderes indígenas o mestizos tanto en las ciudades de provincia, como en haciendas y en los ayllus costeros o serranos.⁴¹ El campesinado no era por cierto homogéneo, ni étnica, ni política ni económicamente. Estaba atravesado por diferencias y rivalidades que se remontan a tiempos incluso pre-coloniales y estaban internamente jerarquizados. Como afirma Cecilia Méndez,⁴² es reduccionista oponer el conservadurismo campesino “inherentemente” parroquial al liberalismo político o económico. Por un lado porque los campesinos comprendieron muy bien los cambios políticos que se avecinaban y en algunos casos se opusieron a ellos porque querían conservar los privilegios que la Corona les había otorgado hasta entonces. Fue en defensa de esos privilegios que campesinos de la zona ayacuchana (entre otros) peleara del lado de los ejércitos reales y luego se revelaron monárquicos unos pocos años después de que la independencia fuera declarada.⁴³ Ellos como el resto de la población peruana fue diezmada por uno y otro bando durante la guerra y estos despojos forjaron alianzas entre hacendados, arrieros y campesinos de ayllus a lo largo y ancho del país y permitió la emergencia de un caudillismo creciente a lo largo del siglo XIX. Al mismo tiempo los criollos ciudadanos forjaron un ideario divorciado de la población indígena. Construyeron sus propios héroes y estaban convencidos que la formulación de una Constitución liberal—según el modelo gaditano—daría unidad territorial a la nación y que los indios sólo podrían participar como agentes activos después de un proceso de educación ciudadana. No fueron por azar los fracasos o debilidades de los sucesivos proyectos constitucionales que se escalonaron durante el siglo XIX en

⁴⁰ Antonio Annino, *Historia de las elecciones y de la formación del espacio político nacional en Iberoamérica* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1995).

⁴¹ Sobre el tema ver desde una perspectiva nacionalista, ver Ella Dunbar Temple, “Investigación, recopilación y prólogo”, en *La acción patriótica el Pueblo en la Emancipación. Guerrilla y Montonera* Tomo V, vol. 6 (Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1975).

⁴² Cecilia Méndez, *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850* (Dirham y Londres: Duke University Press, 2005).

⁴³ La rebelión de los ichichanos o guerra de las punas en 1828-1830.

los nuevos estados hispanoamericanos.⁴⁴ Por otra parte no puede desconocerse el rol que ocuparía la prensa en el Perú⁴⁵ a diferencia de los que ocurría en el Alto Perú que tuvo su primera imprenta una vez lograda la independencia.⁴⁶ La población urbana, incluyendo a la plebe y muy pronto los militares, participaron, debatieron y tomaron partido en la construcción del nuevo Estado atendiendo sólo marginalmente—o reprimiendo—la conflictividad que estos cambios suscitaban en el espacio rural. El militarismo, el faccionalismo y localismo entorpecieron la construcción de un Estado coherente, orgánicamente estructurado y por largo tiempo “el principio de autoridad no encontraba mecanismos alternativos en el sistema peruano”.⁴⁷

Por su experiencia previa y su capacidad para maniobrar con los indígenas y los campesinos, a Arenales se le encomendó realizar una campaña a la sierra. Era una columna volante que debía ocupar las ciudades más importantes y una vez consolidada la voluntad de la población regresar a la costa.⁴⁸ En octubre de 1820 Arenales remontaba la sierra. En noviembre se había posicionado del valle de Jauja, ocupado Tarma y obtenido el apoyo de la población de esa región donde su gobernador, Francisco de Paula Otero convocó a un cabildo abierto y organizó la guerrilla en su apoyo en la zona central del Perú y cuyos servicios fueron ampliamente reconocidos por San Martín.⁴⁹ De esta manera los indígenas aprovecharon “estratégicamente esta inesperada circunstancia de inclusión”.⁵⁰ La población participó integrando

⁴⁴ Aljovín, *Caudillos y Constituciones. Perú 1821-1845* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Fondo de Cultura Económica, 2000).

⁴⁵ Víctor Peralta Ruiz, *La Independencia y la Cultura Política Peruana (1808-1821)* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2010).

⁴⁶ Esther Aillón Soria, “Imprenta, guerra y economía. La formación de los espacios públicos en la Independencia de Charcas (Bolivia)”, *Cuadernos de Historia* 33 (2010), 63-84. Sobre el rol de las imprentas de los ejércitos en la guerra de independencia en la actual Bolivia. Los impresos eran traídos desde Buenos Aires por los ejércitos libertadores. Castelli no tenía imprenta propia. Belgrano disponía de una pequeña imprenta para proclamas y órdenes militares. Hasta el momento, la difusión de las noticias se lograba distribuyendo panfletos escritos a mano. Los guerrilleros no tenían imprentas. Aillón Soria ofrece citas de Vargas (1982) sobre de la forma de comunicación entre los combatientes.

⁴⁷ José Gálvez, “El Perú como Estado: proyectos políticos independientes”, en Scarlett O’Phelan Godoy, *La Independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar* (Lima: Instituto Riva-Agüero / Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001), 330.

⁴⁸ José Segundo Roca, *Apuntes póstumos: Relación histórica de la primera campaña del General Arenales a la sierra en Perú 1820* (Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1989 [1866]). El ejército era recibido con frecuencia con múltiples ceremonias y obsequios que Arenales rechazaba. En una ocasión se le escuchó decir fastidiado: “historiadores”... “historiadores”... tal vez refiriéndose a los mecanismos comunales para conservar la memoria y dejar constancia de su lealtad a la “patria”.

⁴⁹ Existe abundante documentación sobre la actividad de Otero en la sierra, CDIP, Tomo V, vol. 6., *La acción patriótica el Pueblo en la Emancipación. Guerrilla y Montonera*.

⁵⁰ Juan Fonseca Ariza, “¿Bandoleros o patriotas? Las guerrillas y la dinámica popular en la independencia del Perú”, *Histórica* 31 (1), 2010.

las guerrillas controladas por el ejército “de ocupación” u organizándose en forma de montoneras microscópicas en defensa de sus intereses primarios y esto “puso al descubierto toda la complejidad de la estructura de dominio colonial”.⁵¹ Las montoneras actuaban principalmente en zonas apartadas, facilitando mutaciones en las lealtades y desbordes militares. Tanto las guerrillas que respondían a los planes del ejército, como las montoneras mezclaron las luchas contra el poder real con conflictos entre alcaldes o caciques, o bien territoriales, provocando lo que Montoya ha llamado “complejo entramado de soberanías en conflicto”.

El 6 de diciembre se produjo la batalla de Pasco derrotando a los regimientos realistas que intentaron detener a los patriotas. En esa ocasión fueron hechos prisioneros los generales realistas Diego O’Reylli⁵² y Andrés de Santa Cruz, peruano que luego se pasó a las filas independentistas. En buena parte los indígenas apoyaron a las tropas de Arenales, pero no faltaron comunidades fieles al rey como la de Huancayo, que atacó la columna comandada por Félix Aldao con piedras y macanas. El ejército realista bajo la conducción de Mariano Ricafort perseguía a Arenales arrasando a las poblaciones que lo habían ayudado, incendiándolas y pasando a cuchillo a sus habitantes. En opinión de Arenales, para fomentar la insurrección en el país no sólo era necesario propagar sus beneficios; para sostenerla el ejército debía reforzarse con nuevos contingentes de línea bien entrenados y establecer una base de ocupación en la sierra. Pero San Martín le atribuía más importancia a la ocupación de Lima y del Callao y le ordenó abandonar la sierra. Aparentemente hubo una contraorden que alcanzó tarde su destino y en enero de 1821 Arenales llegaba de regreso a la costa. También las tropas del rey abandonaron el teatro serrano y concentraron sus fuerzas en el litoral marítimo esperando el prometido auxilio desde España que nunca llegó. En ese momento la posición de los realistas era sumamente frágil y el Perú parecía perdido. En esas circunstancias el general español José de La Serna, liberal constitucionalista, convocó a sus oficiales y en una asonada militar, desplazó al virrey Pezuela y ocupó su cargo.

Esta decisión insólita en los reinos hispanos muestra la temperatura de los tiempos. Los jefes militares españoles tomaron el poder sin autorización ni apoyo del gobierno central. La población estaba desmoralizada y el desprestigio de las

⁵¹ Montoya, “Notas sobre la plebe rural”, 184.

⁵² El apellido de este militar se encuentra escrito como O’Reylli o bien como O’Reilly-

autoridades coloniales ahondó la fractura con el ejército que tomó la iniciativa de conducir la resistencia, ordenando a Ricafort que regresara a la sierra. San Martín a su vez, tratando de incorporar a los peruanos nombró comandante al general Agustín Gamarra—cuzqueño de prestigio que hasta el momento había militado en las fuerzas leales españolas—, a quien se sumaron las tropas de José Félix Aldao, que continuaba al frente de las guerrillas patriotas en la sierra. En abril de 1821 Arenales iniciaba una segunda campaña a la sierra.⁵³ Volvió a ocupar Pasco, Tarma y el valle de Jauja con la asistencia de Aldao y de Gamarra. La evacuación de Lima por los realistas fue parte de la estrategia de La Serna para trasladar el escenario de guerra y hacerse fuerte en la sierra. Previendo el peligro de esta acción realista, Arenales propuso al general en jefe planes muy detallados. Entre tanto se producía la tregua a raíz de la reunión de Punchauca entre San Martín y de La Serna que paralizó temporalmente las acciones bélicas. Cuando San Martín logró ocupar Lima declaró solemnemente la independencia del Perú, prefiriendo evitar enfrentamientos directos y ordenó nuevamente el repliegue de las tropas peruanas a la costa cuando Arenales estaba preparado para atacar la columna del general José de Canterac, decisión que prolongó cuatro años la guerra por la independencia y la dejó en manos de Bolívar y las tropas colombianas. Arenales trató infructuosamente de convencer a San Martín de su error proponiéndole nuevos planes estratégicos, pero San Martín prefirió concentrarse en recuperar el Callao convencido de que sin comunicación marítima y librados a sus propias fuerzas los ejércitos reales no serían capaces de continuar la resistencia.⁵⁴

Durante el armisticio de Punchauca los jefes españoles propusieron una vez más un acuerdo en base a los principios liberales constitucionalistas. Los delegados de San Martín se negaron a convalidar negociaciones que no condujesen lisa y llanamente a la independencia. San Martín y su ministro Bernardo de Monteagudo propiciaban una monarquía constitucional pero sin dependencia de las autoridades de la metrópolis. En este sentido los liberales ilustrados anhelaban un Perú emancipado bajo una autoridad que asegurara el orden estatal. El orden, el respeto a la ley y a las autoridades prevaleciendo sobre los síntomas de

⁵³ José Idefonso Arenales, *Memoria Histórica sobre las operaciones y movimientos de la División Libertadora a las órdenes del Gral. D. Juan Antonio Álvarez de Arenales en su Segunda Campaña a la Sierra del Perú en 1821* (Buenos Aires: Editorial. La Cultura Argentina, 1920 [ca. 1830-1832].

⁵⁴ Mitre, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana* (Buenos Aires: Biblioteca de la Nación, 1907); Arenales, *Memoria histórica*.

anarquía y faccionalismo cada vez más evidentes. El orden afianzaba la libertad, la anarquía era el peor de los azotes. No en vano Arenales se había acogido bajo al ala sanmartiniana. La noción irrestricta de la autoridad se puso en evidencia cuando aceptó, en contra de sus convicciones estratégicas, acatar la orden de San Martín de abandonar el campo de batalla.

Arenales fue honrado con el título de Gran Mariscal y fundador de la Orden del Sol y designado gobernador de Trujillo, cargo que asume el 1º de febrero de 1822.⁵⁵ El norte del Perú se había pronunciado por la independencia desde 1820 y abarcaba incluso el área de Loja y Cuenca (hoy Ecuador) y con ella estaban vinculados dos personajes que presidieron el gobierno del Perú en esos años iniciales, Bernardo de Tagle y Portocarrero y José Antonio de la Riva-Agüero y Sánchez Boquete. Sin embargo la situación de la región no era homogénea, fue necesario controlar zonas que resistieron la independencia, donde se mezclaba el liberalismo económico con intereses locales basados en privilegios coloniales. “En los primeros años republicanos y a semejanza del conjunto nacional, el norte se verá dividido en su interior; sus grupos de poder se acomodarán detrás de uno u otro caudillo”.⁵⁶ Arenales se dedicó a organizar un ejército que debía consolidar la ocupación patriota y a preparar la campaña al actual Ecuador en coordinación con el mariscal Antonio José de Sucre, campaña en la que no pudo participar por hallarse enfermo y pidió su relevo del cargo en Trujillo. Una vez en Lima se le encomendó una nueva campaña a los Puertos Intermedios que no aceptó y sin el suficiente apoyo del gobierno peruano para organizar una tercera entrada a la sierra decidió abandonar el ejército peruano y regresar a Salta (1822-1823).

Debemos aclarar que son muy escasos los datos sobre la actividad política de Arenales en el Perú, ya que la mayor parte de los autores consultados se refieren fundamentalmente a las campañas militares. No obstante su decisión se precipitó a raíz de la destitución de Monteagudo que provocó una crisis política en el gobierno⁵⁷ y la “conspiración de Miraflores” en la que algunos oficiales de Buenos Aires, sustrayéndose a la obediencia de Arenales, y un grupo de peruanos impusieron la presidencia de José de la Riva Agüero (1 de marzo de 1823).⁵⁸ De

⁵⁵ CDIP, 1971, Tomo VI, vol. 5, *Asuntos Militares*: 265-266.

⁵⁶ Susana Aldana Rivera, “Un norte diferente para la independencia peruana”, *Revista de Indias* 57: 209 (1997), 164.

⁵⁷ Hay una extensa bibliografía sobre este tema que no desarrollaremos por falta de espacio.

⁵⁸ CDIP, 1971, Tomo VI, vol. 5, *El Ejército Libertador del Perú*: 406. Conflictos entre la oficialidad porteña, chilena y peruana por el control de ejército.

todas maneras, el proyecto de fundar un Estado centralizado y unificado explican el vínculo de Arenales con San Martín pese las diferencias sobre la estrategia política para conducir tanto el proceso de la independencia en el Perú como de las tácticas militares apropiadas a ello.

Arenales, gobernador de Salta

En enero de 1824 Arenales asumió como gobernador de la provincia de Salta. Eran tiempos difíciles para las Provincias del Río de la Plata. Después de la batalla de Ayacucho, en el Alto Perú todavía resistía el general realista Pedro Antonio de Olañeta, que además hostigaba a Jujuy y a Salta. Después del combate de Cepeda en 1820, Buenos Aires había perdido el control del interior, en manos de caudillos regionales, y se consolidaron las autonomías provinciales. En Salta la relación con el Directorio, gracias a la acción de Güemes obstaculizando el avance de las fuerzas realistas, se mantuvo con cierta armonía.⁵⁹ Desde que Arenales asumió el gobierno de la provincia mantuvo buenas relaciones con Martín Rodríguez (gobernador de la provincia de Buenos Aires) y con su ministro Bernardino Rivadavia con el que siguió muy ligado cuando éste fue designado Presidente de la República. La coherencia política de Arenales se puso a prueba en su apoyo a las reformas liberales, buscando consolidar un Estado unificado y eficiente para lo que tuvo el apoyo de la elite salteña. Su primera medida, a imitación de Buenos Aires, fue abolir el cabildo y con ello tratar de dismantelar el control localista de la región; la provincia pasó a ser la nueva depositaria de la soberanía.⁶⁰ La Sala de Representantes incorporó políticamente a la población de la campaña y designó al gobernador. La autonomía provincial ya había tenido un antecedente en Salta, cuando el Cabildo eligió a Güemes en 1815, siendo que hasta el momento los gobernadores o intendentes eran designados por las autoridades metropolitanas. Una de las medidas tomadas por Arenales, acordes con las reformas rivadavianas, fue la incorporación de una imprenta, obsequio del mismo Rivadavia, que quedó en manos de su hijo José, de modo que contribuyó a difundir la importancia de la prensa escrita como una forma

⁵⁹ Mata, *Los gauchos de Güemes*.

⁶⁰ Mariano Di Pascuale, "La gestión de Álvarez de Arenales. Presencia del rivadianismo en Salta (1824-1827)", *Revista Complutense de Historia de América* 35 (2009); Chiamonte, *Ciudades, provincias y estados*; Juan Carlos Garavaglia, "Manifestaciones iniciales de la representación en el Río de la Plata: la revolución en la laboriosa búsqueda de la autonomía del individuo (1810-1812)", *Revista de Indias* 64: 231 (2004).

de incorporar políticamente al espacio público. El *Pregón* ministerial de Salta fue el primer diario editado en la provincia. Arenales también trató de implantar el modelo *lancasteriano* en educación como una vía para fomentar la conciencia ciudadana en la población y como un medio para la consolidación del Estado.⁶¹

En tanto el federalismo tomaba impulso en algunas provincias al punto que Arenales, de acuerdo con la Constitución unitaria de 1826, ofreció su apoyo militar a Rivadavia para abatir estas tendencias de fragmentación política en La Rioja, Santiago del Estero y Catamarca. Durante su gobierno, en 1826 (año en el que fue reelegido) y en 1827, fueron expulsados del territorio los partidarios del federalismo provocando los primeros síntomas de hostilidad contra el gobernador, a lo que se sumó el reclutamiento que hacía el general José María Paz para enviar soldados a la guerra con el Brasil. Todo ello acrecentó su vinculación con la política rivadaviana y a la vez alimentó la hostilidad de los federalistas. La caída de Rivadavia en 1827 puso sobre el tapete la cuestión de saber dónde residía la soberanía, si en la nación o en cada provincia.⁶² Arenales trató de convencer a los salteños de los beneficios que brindarían una estructura unitaria, centralizada y con sede en Buenos Aires tanto en la organización interna como en las relaciones con el exterior pues, entre otras, la cuestión de la independencia aún no estaba suficientemente consolidada. Al buscar esta legitimidad política a nivel nacional reforzaba a la propia provincia enfrentada con la secesión de Tarija—parte de su territorio—que pugnaba por integrarse al nuevo Estado Boliviano. Para gran desilusión de Arenales, Rivadavia no brindó el apoyo solicitado y más bien fue víctima de una diplomacia errática y desinteresada del problema de la fragmentación de la jurisdicción de Salta.

Desde que asumió la gobernación de Salta en 1824 Arenales siempre estuvo atento a la situación en el Alto Perú, ocupada todavía en ese tiempo por las fuerzas del general Olañeta, a quien se disponía a combatir al momento en que las tropas colombianas atravesaban el Desaguadero al mando del Mariscal Sucre. La desertión de las fuerzas realistas y las intrigas provocaron la muerte de Olañeta en Tumusla en abril de 1825, antes de que ambos ejércitos se enfrentaran. Anoticiado de estas novedades Arenales dio licencia a sus tropas y en compañía de pocos hombres, continuó el viaje para encontrarse con Sucre. Arenales no quería que esas provincias

⁶¹ Di Pascuale, *ibíd.*, 206.

⁶² Chiaramonte, *ibíd.*

se integraran al Perú como pretendía Bolívar. Sucre a su vez se proponía organizarlas en una república independiente. “Charcas ni con Lima ni con Buenos Aires” como reza el título del libro de José Luis Roca (2007). Finalmente Bolívar tuvo que ceder ante las pretensiones altoperuanas y el 16 de agosto de ese año la Asamblea, reunida en Chuquisaca, declaró la independencia de la República de Bolívar o República de Bolivia. Entre tanto el gobierno de Buenos Aires se preparaba para enviar una misión plenipotenciaria y, simultáneamente, el Congreso Constituyente reunido en Buenos Aires admitía que las provincias del Alto Perú pudieran elegir su destino político. El mariscal Sucre quedó a cargo de la nueva república. Como dijimos, las Provincias Unidas iniciaban la guerra con Brasil y se convocaban fuerzas de todas las provincias. Uno de los objetivos de los diplomáticos enviados por Buenos Aires para entrevistar a Bolívar, Carlos María de Alvear y José Miguel Díaz Vélez, era lograr apoyo en la guerra con Brasil, que por su parte también anexaba la provincia de Chiquitos aprovechando los enclaves realistas concentrados en la región. Pese a la desconfianza que Buenos Aires tenía a Bolívar, y el temor de que las tropas colombianas siguieran rumbo al sur, buscaron su apoyo en estas circunstancias, pero el Libertador optó por defender Chiquitos y desinteresarse de los problemas porteños.

La cuestión de Tarija

Tarija había pertenecido a la jurisdicción de Potosí, pero en 1807 pasó primero al obispado de Salta y luego a formar parte de la Intendencia de Salta. En 1810, en fecha que las nuevas repúblicas tomaban como justificación para validar sus respectivos territorios, la situación de Tarija resultaba confusa y muchos sostuvieron que el cambio jurisdiccional no se había hecho efectivo a pesar de la documentación administrativa que prueba que el gobierno de Salta se ocupaba de los asuntos locales.⁶³ De todas maneras la relación entre Tarija y Salta no era óptima y buena parte de la población se había resentido de los cambios jurisdiccionales de los últimos años coloniales. Cuando las tropas colombianas liberaron definitivamente el Alto Perú, el caudillo local Eustaquio Méndez ocupó Tarija con sus partidarios en marzo de 1825 e informó a Arenales—quien se hallaba en ese momento en Chuquisaca—que el cabildo había elegido gobernador (o teniente de gobernador) a José Felipe Echazú, nombrado

⁶³ Humberto Vázquez Machicado y José Vázquez Machicado, *Obras Completas III* (La Paz: Editorial Don Bosco, 1988), 564-621.

anteriormente por Güemes. Asimismo se aprestaban a elegir delegados para enviar a la Junta Provincial de Salta. Sin embargo esta elección se suspendió y Echazú viajó para encontrarse con Sucre y pedirle que los reincorporase a Potosí. Por ese motivo Sucre ordena al coronel Francisco Burdett O'Connor (cuyas tropas estaban en Tupiza) que se dirigiera a Tarija para estudiar la situación. Al llegar, O'Connor comprendió rápidamente las tensiones que dividían a la ciudad y resolvió designar como gobernador a Bernardo Trigo y el Cabildo se dispuso a elegir diputados para integrar la Asamblea Constituyente reunida en Chuquisaca.

Ante esta situación incierta, Arenales trató de negociar con Sucre quien a su vez puso el asunto a consideración de Bolívar. Los argumentos de Tarija para justificar su derecho a elegir a qué república se incorporaban se basaron en la anterior resolución del Congreso del Río de la Plata otorgando libertad a las provincias altoperuanas para tan trascendental decisión.⁶⁴ Pero la verdad era que Tarija no era—necesariamente—una de esas provincias de pleno derecho sino parte de otra. La segmentación era doble y Arenales informa de la rebeldía de Tarija a la Junta de Salta que resuelve que el gobernador fuera personalmente a defender los derechos sobre esa porción de su territorio alegando “el poder y facultades de los cabildos no alcanza a resolver sobre el negocio más importante a la suerte de los pueblos”.⁶⁵ Pero recordemos, si la fecha de referencia para considerar las respectivas jurisdicciones era 1810, Tarija en ese momento pertenecía a Salta y por lo tanto a las Provincias Unidas del Río de la Plata o a la Argentina, como comenzaba a llamarse por entonces. En este sentido se entiende la respuesta de la Asamblea Constituyente cuando responde que Tarija debía enviarles “el acta de Independencia de ese Departamento de la República Argentina” para probar que estaban en condiciones jurídicas de elegir su destino nacional.⁶⁶ A causa de la intervención de Arenales, Echazú fue repuesto en su cargo acusando al Cabildo de Tarija de “desafueros, colusión y otros artificios escandalosos”. Las tensiones e intrigas entre las facciones por una u otra solución se prolongaron a lo largo del año 1825. En septiembre, Sucre ordenó a O'Connor que reocupara Tarija y desde entonces comienza un juego de poder entre varios aspirantes que aducen su legitimidad para gobernar el distrito y que se mueven tratando de desplazarse y posicionarse a favor de uno u otro bando.

⁶⁴ *Ibid.*, 577.

⁶⁵ *Ibid.*, 578.

⁶⁶ *Ibid.*, 583

En el tema intervendrán los plenipotenciarios Alvear y Díaz Vélez que se encontraban en Salta de camino a entrevistarse con Bolívar. Surge también la cuestión jurisdiccional de Atacama y de Chicha, en las que evitan pronunciarse. Una vez en Chuquisaca para tratar la colaboración de las fuerzas de Bolívar en la lucha contra Brasil, éste se negó a devolverles Tarija aduciendo que ellos la habían libertado. La respuesta fue que la liberaron pero no la conquistaron y la actitud de Tarija era un peligroso síntoma de anarquía. Bolívar cede pero Sucre continúa oponiéndose. En este caso los argumentos son distintos, de tipo territorial: si la Argentina se quedaba con Tarija formaba una cuña peligrosa en territorio de la República Boliviana en formación, reconocida formalmente por la misma delegación diplomática argentina en noviembre de 1825. Como la situación continuaba sin resolverse durante varios meses de 1826, los delegados porteños envían a Ciriaco Díaz Vélez (hijo de José Miguel) a Tarija y ordena a O'Connor que abandone la ciudad. Con esta medida se abre una nueva instancia: aceptar por el momento su inclusión en la República Argentina, pero como una provincia autónoma, o sea no dependiente de Salta. La anarquía provincial se expandía como solución política en la región y, como dijimos también, en el resto de la América hispánica. Los salteños reaccionaron enviando como Teniente de gobernador a Mariano Gordaliza. Díaz Vélez, O'Connor que no dejó la ciudad, Gordaliza y Trigo reiniciaron una "partida de ajedrez" colmada de intrigas, enemistades y alianzas tratando de integrarse a Bolivia o reintegrarse a la Argentina, pero en ese caso como provincia autónoma. Se negaban a continuar dependiendo de Salta. Finalmente los partidarios del caudillo Méndez ocuparon la ciudad y en un cabildo abierto se resolvió formar parte de Bolivia y elegir a Bernardo Trigo como gobernador (noviembre de 1826). Salta había perdido definitivamente a Tarija. Arenales aceptó contra su voluntad la pérdida de Tarija, viendo que su sueño de unidad nacional se derrumbaba no sólo en el territorio de su provincia sino al resto del país; Rivadavia los había abandonado.

La gesta del héroe llega a su fin

La pérdida de Tarija y la crisis general había acrecentado la disconformidad de los opositores a la elite salteña. José Ignacio Gorriti, los hermanos Dionisio y Manuel Puch, partidarios de los federales, comandaron una asonada que, tras un breve combate, lograron la expulsión de Arenales en febrero de 1827 quien se refugió en

Bolivia al amparo del mariscal Sucre. De regreso en Salta se dedicó al trabajo de su finca y en un viaje “a visitar a sus parientes” para no presenciar los estragos de la guerra civil⁶⁷ lo sorprendió una inflamación en la garganta y murió en Moraya (cerca de Mojo, Bolivia) el 4 de diciembre de 1831.

Al comienzo de este ensayo sugeríamos que Arenales mostró a lo largo de su vida en América una especial sensibilidad para comprender la complejidad de la sociedad, sin embargo tal vez su proyecto de construir una república ordenada le impidió apreciar la hondura de las grietas y los múltiples clivajes de la realidad. El “modelo” ilustrado fracasó o tardó más de un siglo en comenzar a concretarse porque lo que falló fue la adaptación de una doctrina importada a una sociedad atravesada por tres siglos de dominio colonial. Su concepción ilustrada eurocentrista nubló la complejidad que pudo percibir y creyó que para los indios y los criollos, integrarse a los principios liberales sólo era cuestión de educación y de tiempo. Redujo los problemas que afectaban a la población no indígena a una cuestión de ética ciudadana. La máxima “orden y progreso” *avant la lettre*, debía presidir un sistema estatal “civilizado” y moderno”. La igualdad o la paridad como ciudadanos era espejo de desorden. El respeto a la ley y el principio de autoridad resultaban fundamentales para fundar ese nuevo Orden; si se quebraba la jerarquía se perdía la preeminencia de los que estaban en condiciones de gobernar la sociedad. Arenales era sobre todo un militar que tenía un concepto acendrado de la obediencia jerárquica. La insubordinación y la intriga le resultaban intolerables y repugnantes. Su capacidad para comprender los distintos matices en los comportamientos bélicos de los indígenas y las diferencias en sus respectivos sistemas culturales y políticos le permitió ganar sus voluntades para combatir al enemigo que los había explotado durante tres siglos. Lo mismo le sucedía con una parte de los criollos y mestizos postergados por el sistema colonial. Pero una cosa era abatir militarmente a esos enemigos y otra muy distinta entrenarlos para poner los fundamentos de una nueva unidad territorial. Los comportamientos arraigados durante tres siglos ¿sólo se podían combatir por las armas?⁶⁸ Había que construir un nuevo Estado sobre una base jurídica heredada, con una organización de poder policéntrica y sobre un patrón cultural amasado por una Iglesia tuerta, incapaz de hacer cumplir las normas que pregona.

⁶⁷ Pedro De Angelis, *Biografía del General Arenales y juicio sobre la Memoria Histórica en la segunda campaña a la sierra del Perú en 1821* (Buenos Aires: Imprenta de la Independencia 1920 [1832]).

⁶⁸ Marcela Ternavasio, *Gobernar la revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1910-1816* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007).

Una pregunta más: ¿cómo combatir por un lado los anacronismos y por el otro modelar héroes sin tacha? Evidentemente hubo una generación de historiadores de la escuela de Mitre y Uriburu—el principal biógrafo de Arenales—perteneciente a ella. No sólo marcaron el carácter austero, hosco, la conducta intachable, su habilidad en las tácticas de guerra, su preocupación por crear las condiciones para administrar y favorecer el progreso de las poblaciones que gobernó. Estos historiadores moldearon héroes—que como Arenales o San Martín—terminaron sus vidas desilusionados a causa de una realidad que no pudieron modificar. En suma, soñaban con países que en definitiva resultaron irreales. Tampoco es el caso de hacer, como dice Giovanni Levi,⁶⁹ biografías donde el contexto resulte un escenario pasivo y solo refleje la agencia de los individuos para modificar situaciones pues la dinámica de los acontecimientos puede producir cambios de perspectiva de los agentes sociales. En el caso de Arenales, su percepción de la realidad a medida que se desenvolvían los acontecimientos tal vez no fue lo suficiente sagaz para evaluar la dimensión del espacio que se abría entre su proyecto “ilustrado” y las determinaciones del entorno.

⁶⁹ Levi, «Les usages de la biographie».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aillón Soria, Esther

- 2010 “Imprenta, guerra y economía. La formación de los espacios públicos en la Independencia de Charcas (Bolivia)”. *Cuadernos de Historia* 33; pp. 63-84.

Aldana Rivera, Susana

- 1997 “Un norte diferente para la independencia peruana”. *Revista de Indias* 57 n° 209; pp. 141-164.

Aljovín de Losada, Cristóbal

- 2000 *Caudillos y Constituciones. Perú 1821-1845*. Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú / Fondo de Cultura Económica.
- 2000 “Elecciones y oficiales del ejército: Perú 1827-1896”. *Journal of Iberian and Latin American Research* 20 n° 1; pp. 50-65.

Arenales, José Ildefonso

- 1920 [1830-1832] *Memoria Histórica sobre las operaciones y movimientos de la División Libertadora a las órdenes del Gral. D. Juan Antonio Álvarez de Arenales en su Segunda Campaña a la Sierra del Perú en 1821*. Buenos Aires: Editorial La Cultura Argentina.

Annino, Antonio

- 1995 *Historia de las elecciones y de la formación del espacio político nacional en Iberoamérica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Bordieu, Pierre

- 1997 “La ilusión biográfica” en Bordieu, Pierre: *Razones Prácticas. Sobre la Teoría de la Acción*. Barcelona: Editorial Anagrama; pp. 74-84.

Bruno, Paula

- 2012 “Biografía e Historia. Reflexiones y perspectivas”. *Anuario IEHS* 27; pp. 155-162.

Chiaramonte, José Carlos

1997 *Ciudades, provincias y estados: los orígenes de la nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires: Editorial Ariel.

2004 *Nación y Estado en Iberoamérica. El lenguaje político en tiempos de la Independencia*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

De Angelis, Pedro

1920 [1832] *Biografía del General Arenales y juicio sobre la Memoria Histórica en la segunda campaña a la sierra del Perú en 1821*. Buenos Aires: Imprenta de la Independencia.

Demélas, Marie-Danielle

2007 *Nacimiento de la guerra de guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)*. La Paz: Editorial Plural / Instituto Francés de Estudios Andinos.

Di Pascuale, Mariano

2009 “La gestión de Álvarez de Arenales. Presencia del rivadianismo en Salta (1824-1827)”. *Revista Complutense de Historia de América* 35; pp. 209-231.

Dosse, François

2007 *La Apuesta Biográfica. Escribir una vida*. Valencia: Universitat de Valencia.

2010 *Renaissance de l'événement. Un défi pour l'historien: entre sphinx et phénix*. París: Presses Universitaires de France.

Duby, George

2013 [1981] *El Caballero, La Mujer y El Cura*. Buenos Aires: Taurus

Dunbar Temple, Ella

WGaravaglia, Juan Carlos

2004 “Manifestaciones iniciales de la representación en el Río de la

Plata: la revolución en la laboriosa búsqueda de la autonomía del individuo (1810-1812)". *Revista de Indias* 64 n° 231; pp. 349-382.

Glave Testino, Luis Miguel

2003 "Una perspectiva histórico cultural de la revolución del Cuzco en 1814. Un saludo a su bicentenario". *Revista de las Américas* 1; pp. 11-38.

2013 "Guerra, política y cultura en la génesis de la Independencia andina, 1808-1815". *Nueva Crónica* 2; pp. 189-230.

Goldman, Noemí

2008 *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de La Plata, 1780-1850*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.

Guerra, François-Xavier

1993 *Modernidad e Independencia. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Halperín Donghi, Tulio

1994 *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Hartog, François

2003 *Régimen d'Historicité. Présentisme et Expérience du Temps*. Paris: Seul.

Levi, Giovanni

1989 "Les usages de la biographie". *Annales, ESC* 44: 6; pp. 1325-1336.

Lorandi, Ana María

2015 "Guerra e independencia en los países andinos. La 'traumática transición'". *Andes* 26

Marchena, Juan

- 2006 “Al otro lado del mundo. Josef Reseguín y su “generación ilustrada” en la tempestad de los andes. 1781-1788”. *Anuario de Estudios Bolivianos*

Marchionni, Marcelo Daniel

- 2008 “Entre la guerra y la política. Las elites y los cabildos salto-jujeños en tiempos de Güemes” en Bragoni, Beatriz y Sara Mata: *Entre la colonia y la república. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*. Buenos Aires: Editorial Prometeo Libros; pp. 217-244.

Mata de López, Sara

- 2011 “Movilización rural y guerra de la Independencia. Salta 1810-1821” en Mata, Sara y Zulma Palermo (comps.): *Travesía discursiva: representaciones identitarias en Salta; siglos XVIII-XXI*. Rosario: Prohistoria ediciones; pp. 57-70.

Mata, Sara Emilia

- 2008 *Los gauchos de Güemes. Guerras de Independencia y conflicto social*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Mazzeo de Vivó, Cristina

- 2000 *Las vicisitudes de la guerra de la independencia del Perú 1817-1824*. Cuadernos de Investigación. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

Méndez, Cecilia

- 2005 *The Plebeian Republic. The Huanta Rebellion and the Making of the Peruvian State, 1820-1850*. Dirham y Londres: Duke University Press.

Mendoza, Gunnar

- 1982 “Prólogo” en José Santos Vargas: *Diario de un comandante de la independencia americana 1814-1825*. México D.F., Siglo XXI Editores.

Mitre, Bartolomé

1887 *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*. Buenos Aires: Félix Lajouane Editor.

1907 *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*. Buenos Aires, Biblioteca de la Nación.

Montoya, Gustavo

2014 “Notas sobre la plebe rural y el conflicto social durante la independencia en los Andes Centrales”. *Historia y Cultura* 27; pp. 179-193.

Muñoz Cabrera, Juan Ramón

1909 [1867] *La guerra de los 15 años en el Alto Perú o sea los Fastos Políticos de Bolivia. Para servir a la Historia general de la Independencia de Sud-América*. Santiago de Chile: Imprenta del Independiente.

Paz, José María

1924 [1855] *Memorias póstumas del General José María Paz*. Buenos Aires: Edición especial de la “Biblioteca del Oficial”.

Peralta Ruiz, Víctor

2010 *La Independencia y la Cultura Política Peruana (1808-1821)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Pezuela, Joaquín

2011 *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*. Santiago de Chile: Centro de Estudios del Bicentenario.

Rabinovich, Alejandro Martín

2013 *La Société Guerrière. Pratiques, discours et valeurs dans le Rio de La Plata*, Rennes: Press Universitaire de Rennes.

Revel, Jacques

- 2005 “La biografía como problema historiográfico” en Revel, Jacques: *Un momento historiográfico*. Buenos Aires: Editorial Manantial; pp. 217-228.

Roca, José Segundo

- 1989 [1866] *Apuntes póstumos: Relación histórica de la primera campaña del General Arenales a la sierra en Perú 1820*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.

Roca, José Luis

- 2007 *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*. La Paz: Instituto Francés de Estudios Andinos / Plural.

Soux, María Luisa

- 2010 *El Complejo proceso hacia la independencia de Charcas (1808-1826). Guerra, ciudadanía conflictos locales y participación indígena en Oruro*. La Paz: Asdi / Instituto Francés de Estudios Andinos / Plural / Instituto de Estudios Bolivianos.

Ternavasio, Marcela

- 2007 *Gobernar la revolución. Poderes en disputa en el Río de la Plata, 1910-1816*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Thibaud, Clément

- 2009 “De l’Empire aux États: le fédéralisme en Nouvelle-Grenade (1790-1853)” en Morelli, Federica, Clément Thibaud y Geneviève Verdo: *Les Empires Atlantiques*. París: Presses Universitaires de France; pp. 101-130.

Uriburu, José Evaristo

- 1924 *Historia del General Arenales*. Londres: Eyre & Spottiswoode.

Vargas, José Santos

1982 [1814-1825] *Diario de un comandante de la independencia americana 1814-1825*. México D.F.: Siglo XXI Editores.

Vázquez Machicado, Humberto y José Vázquez Machicado

1988 *Obras Completas*. Tomo III. La Paz: Editorial Don Bosco.